

En el mundo quedan los violines de Sarasate. ¿Pero quien sabrá tocarlos como él? ¿Donde encontrar la mano que los despierte á una nueva vida?

Ahí estan los discursos de Salmerón, formando apretadas é innumerables columnas de prosa, que nadie volverá á leer. ¿Pero donde están el gesto soberano, el ademán noble, la voz sonora, los ojos hipnóticos y fieros, semejantes á los de un árabe encantador de serpientes, la frente luminosa, sobre la que parecían brillar las lenguas de luz de los antiguos profetas?

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.

INDIVIDUALISMO Y MEMEZ

Siempre que me encuentro en esta mi nativa tierra oigo hablar mucho á ciertos paisanos del tan mentado individualismo vasco y me ocurre con este tópico lo que con otros no menos asendereados tópicos me ocurre, y es que cuanto más los oigo menos los comprendo.

Esa división de los pueblos y los hombres en individualistas y gregarios ó rebañeros, es una de las divisiones más conducentes á error. Porqué pudiera muy bien suceder y cabe afirmar que sucede que las gentes y los pueblos de más acusada individualidad, de más independencia real, sean las más sumisas al conjunto.

Cuando se trata de presentar al individuo humano como algo opuesto á la sociedad y hasta en lucha con ella, recuerdo aquella expresión tan paradójica pero tan llena de contenido, de Natorp cuando decia: el individuo es, como el átomo, una abstracción. Más modestamente se ha dicho que el individuo es un producto social. Y de hecho si á cada uno de nosotros le quitan lo que la sociedad en que vive y de que vive le ha dado, no nos queda nada.

Pero aquí, en este mi país, queda un cierto culto á una cosa que llaman in-

dependencia y no lo es, un culto á la bravía inferioridad al pastor de Gorbea. A eso suele reducirse la independencia vasca.

Y esto que aquí llaman nacionalismo y que no es sino anarquismo católico está haciendo estragos, merced á esa concepción simplista y al horror á pensar. Es un movimiento que carece en absoluto de sentido político. Si se le quita el elemento romántico y sentimental — y toda la infantil liturgia que se cifra en banderas, en *aurescus*, en misas cantadas, en escribir Bizkaya y en otras porción de puerilidades por el estilo—no queda nada serio. El fundador de este movimiento, el cándido y entusiasta Sabino Arana, carecía de sentido crítico y de sentido científico é histórico. No fué sino un poeta y un creyente, por lo menos á los principios de su carrera que al cabo tal vez queria creer más bien que creía.

Y esta su manera de ser le dió fuerza, pues que le mantenía al nivel de estas masas ingenuas y entusiastas pero que no se distinguen por su comprensión mental.

A mí, que amo esta mi tierra y este mi pueblo por encima de todo, me apena leer los órganos del llamado nacionalismo vasco. Es difícil encontrar mayor pobreza y mayor simplicidad de concepción unidas á un más triste dogmatismo. No hacen sino repetir unos pocos lugares comunes, faltos de toda base seria. Y luego estas buenas gentes saben lo que es una raza, cosa que no saben bien los que al estudio de la antropología se dedican.

Y vamos al individualismo.

El otro día hablaba con un paisano mio, con un vasco que está hace años esblecido en un pueblo argentino como médico, y me decia que si nuestros paisanos los vascos no acaban de resultar como colonos en esa América es porque su afán de una independencia inmediata les lleva á no independizarse de veras nunca. Quieren no depender de otro desde que llegan. Y esto me pareció una gran lección.

Así nos pasa también aquí y esa espe-

3-65

cie de independenciam que el nacionalismo predica en caso de que fuera posible lograrla — lo cual, gracias á Dios, es un absurdo — no haría sino sumirnos en la peor de las dependencias, la de la barbarie de unas masas infantiles y fanatizadas.

No les cabe en las cabezas á los directores (??) de este movimiento entre otras cosas — pues son muy pocas las que en ellas caben — que estas cuestiones políticas son no nacionales, sino internacionales, y que es el ambiente europeo, no el español sólo, el que no consiente la realización de sueños románticos de niños ingenuos y simples.

Y hay, además, un tipo convencional de *guizón* vasco que entusiasma á no pocos señoritos de nuestras villas y ciudades llevándoles no pocas veces á remedar y contrahacer el aldeano.

Más de una vez me he encontrado con americanos para los cuales el vasco era un hombre fuerte y robusto, honrado, de boina, que habla mal el castellano, es lechero y... muy torpe. Quiero decir que no le caben cuatro ideas seguidas en la cabeza, que tiene unas entendederas tardas. Y me ha apenado tal idea.

Pero he pensado luego que á mantener semejante concepto contribuyen no pocos señoritos de esos que decía — hijos de este Bilbao, v. gr. — que no sabiendo vasconce, no usando boina, no siendo muy fuertes ni tampoco lecheros, creen que nos favorece esa fama de... digámoslo con su nombre, de salvajes honrados.

Y me creo obligado por mi parte y como vasco por todos 64 costados que soy, á rechazar ese *prestigio*, yo que he protestado más de una vez, de que pueda seguir aplicándose á nuestra literatura aquella expresión tan justa pero tan desdñosa de Menéndez Pelayo cuando habló de la *honrada poesía vascongada*. Llamarle á una poesía honrada es como llamarle *simpática* á una muchacha casadera. Honrada en este caso quiere decir mema.

Y desgraciadamente así ha sido y por

mayor desgracia aún así sigue siendo. De memeces y mentecatas se está alimentando á este mi pueblo. La enorme tontería de que en los *aurreseus* no se den las manos mozas y mozos sino se unan en rueda cojiendo los extremos de un pañuelo — hipócrita gazmoñería que algunos insustanciales quieren resucitar — y toda esa campaña contra el *agarrao* no es más que un estallido de memez. Son formas que se desarrollan á medida de la lujuria, y no son mas que formas de hipocresía.

Apena oír á que llaman las buenas y antiguas costumbres de nuestros mayores los que no saben que costumbres eran esas y los que acaso no tuvieron aquí mayores. Una ojeada por libros como el de las *Buenas andanzas é fortunas* de Lope García de Salazar les enteraría de cuales fueron las buenas costumbres de aquellos nuestros bárbaros antepasados de fines de la edad media y principios de la moderna, de aquellos sanguinarios y bestiales parientes mayores que ensangrentaban estos verdes valles por enconadas rencillas de familia. Y aprenderían que esas hipócritas gazmoñerías son cosas del siglo XVIII é hijas de podredumbre moral. Las más cacareadas tradiciones vascongadas no remontan más allá de dos siglos, y son tradiciones de importación, magnetánicas. La sencillez ingenua y primitiva es muy otra cosa.

Pero esto, y el individualismo anárquico y las ridiculeces de las kas y las banderas y los *batzokis* — especie de tabernas — cunde á favor de una depresión especial de la mente. Diríase que de nuestro hermoso país se quiere hacer una misión del Paraguay en disponibilidad para cualquier Rodríguez Francia que venga luego.

Lo bueno que tiene todo ello, lo que hace que no sea un peligro para el régimen constitucional normal de España, es que á todo este movimiento le falta, como digo, sentido político y que en el fondo y en lo que de bueno tiene es profundamente español ó como dirían estos divertidos niños grandes, españolistas. El nacionalismo vasco es profundo, radicalmente es-





pañol; significa una protesta contra la europeización de España que en cuanto esta europeización sea prematura ó mal dirigida, no carece de valor.

Y no hablemos de sus supuestos fundamentos históricos porque la historia que fraguó Sabino Arana es tan fantástica como su filología. Casi todo lo que dan como privativo de este país era común á todas las regiones, era el régimen general, el anterior á las grandes nacionalidades. Y querer volvernos á él es querer llevarnos pura y sencillamente á la anarquía.

Y si esas fantasías — no me atrevo á llamarles doctrinas — infantiles cunden como la ruda es á favor del infantilismo mental de que hoy padece este mi pueblo. Aquí la gente balbuce.

Cambiará estó? Yo creo que sí. Creo más y es que por de bajo se observan ya síntomas de cambio. Las personas algo inteligentes que forman, por sentimiento, en la filas del nacionalismo están en posición falsa. Están en posición falsa y son miradas con recelo por la masa simplista é ignara animada de sentido demagógico.

Esto cambiará.

MIGUEL DE UNAMUNO.

NO HAY ARREGLO

Habiéndosele ocurrido á Júpiter dar un paseo de incógnito por el mundo, trabó relaciones con algunos mortales. Llegaron éstos á sospechar que se las habían con un personaje poderoso y le pidieron mercedes; porque la cuestión es pedir y debajo de cada ser humano se oculta un mendigo, más ó menos disimulado por las circunstancias.

Júpiter trató de resistirse al principio, aconsejando á cada cual que se conformara con su suerte y no buscara tres pies al gato, ni tachaduras y enmiendas á lo que estaba escrito. Pero de tal modo insistieron los pedigüños que, para quitárselos de encima, se allanó á otorgarles cuanto

no saliera de las posibilidades humanas, interpretadas con un criterio amplio y generoso, pero dentro de ciertos límites infranqueables.

Casi todos le pidieron riquezas y se las concedió; pero fueron acompañadas de cuidados, desvelos, angustias y humillaciones. Porque los hombres opulentos veían en sus semejantes á otros tantos enemigos, conjurados para quitarles el dinero; creían que las mujeres no les aceptaban como amantes, sino como proveedores: sentíanse heridos en su vanidad al ver que el mundo se ocupaba de los literatos, artistas, guerreros, políticos, exploradores y sabios más que de ellos, y envidiaban todos aquellos laureles que no les era dado comprar. En cuanto á las mujeres ricas, alcanzaban una perspicacia dolorosa para juzgar la pobreza moral é intelectual de sus pretendientes adinerados y aunque su capricho solía inclinarles á hombres sin fortuna, parecíales oír siempre una voz secreta que les decía que éstos no las amaban, sino que, á lo sumo, transigían con ellas por su oro. Así es que ricas y ricos vivían en medio de sus comodidades agriados y llenos de sospechas y decepciones: cualquiera dolencia les ponía fuera de sí y nada revelaba en sus fisonomías torvas que estuvieran satisfechos de la vida.

Otros pidieron al Dios que les diera salud y su petición fué atendida. Vivieron largos años sin guardar un día de cama, pero aquejados por la miseria y por toda clase de disgustos. A pesar de su aire de robustez sufrían hambre crónica y gran parte de las molestias de los enfermos; pero no llegaban jamás á caer postrados; pues en el momento en que les parecía haber apurado el cáliz y no poder ya más, iban sintiéndose mejor para empeorar luego; y en estas alternativas, sin dejar de trabajar ni de fatigarse, iba transeurriendo su saludable y aperreada existencia.

Algunos habían tenido el capricho de pedir al Olimpo que les hiciera poderosos. Ejercieron, en efecto, gran influencia sobre sus contemporáneos, unos en bueno y otros en mal sentido; pero los más de-